

piritu Santo que descende sobre él, y la voz del Padre que se deja oír. Desde luego parece que naturalmente se escita el deseo de saber, quien fuera este Juan tan dichoso, y en que se ocupaba ó cual era su mision, para ir Jesus en busca de él; voy pues á satisfacer esta tan justa curiosidad.

Juan de quien hace mencion el Evangelista citado, es aquel á quien se refiere otro Evangelista (1), que lleva el mismo nombre que el que bautizó al Señor, y de él dice: «Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de aquel que era la luz. Este es aquel (2) de quien se dijo por el profeta Isaias (3): es la voz del que clama en el desierto, diciendo: preparad el camino del Señor: haced derechas sus sendas. Este Juan es aquel cuyo nacimiento fué anunciado por el arcángel san Gabriel á su futuro padre Zacarias. Hé aqui como lo refiere san Lucas (4). Siendo Herodes rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarias, cuya mujer, llamada Isabel era tambien del linage de Aaron. Ambos eran justos á los ojos de Dios.... Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos á dos de avanzada edad. Sucedió pues, que sirviendo él las funciones del sacerdocio.... se le apareció á Zacarias un ángel del Señor, puesto en pie á la derecha del altar del incienso: con cuya vista se estremeció Zacarias, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: No temas Zacarias, pues tu oracion ha sido despachada, tú verás al Mesias; y tu mujer Isabel te parirá un hijo que será su precursor, á quien pondrás por nombre Juan, el cual será para tí objeto de gozo y de júbilo: y muchos se regocijarán en su nacimiento: porque ha de ser grande en la presencia del Señor. No beberá vino, ni cosa que pueda embriagar; y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre; y convertirá á muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo... Pero Zacarias como dudando respondió al ángel: ¿Por dónde podré yo certificarme de eso? porque ya soy yo viejo, y mi mujer de edad muy avanzada. El ángel replicándole, dijo: Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, de quien he sido enviado á hablarte y á traerte esta feliz nueva. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que sucedan estas cosas.... Poco despues Isabel su esposa concibió y á los seis meses de suceder esto, fué la Virgen Maria á visitarla

(1) S. Juan, cap. 1, vv. VI, VII y VIII.

(2) S. Mat., cap. 3, v. III.

(3) Cap. 40, v. III.

(4) Cap. 1, v. 5 y siguientes.

Llevando en su seno purísimo al Hijo de Dios hecho hombre. Lo mismo fué oír Isabel la salutación de Maria que la criatura, ó sea el niño Juan, dió saltos de placer en el vientre de su madre; é Isabel se sintió llena del Espíritu Santo; y esclamando en alta voz dijo á Maria su prima: Bendita tú eres entre todas las mujeres; y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mi tanto bien, que venga la madre de mi Señor á visitarme?... Mi alma, dijo Maria, glorifica al Señor; y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios salvador mio: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava *escogiéndome por madre de su Hijo.* Hechos asi estos tan santos reciprocos saludos acompañó la Virgen Maria á Isabel como unos tres meses, y despues se volvió á su casa. Entre tanto le llegó á Isabel el tiempo de su alumbramiento y dió á luz su hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios le habia hecho, y se congratulaban con ella. El dia octavo vinieron á la circuncision del niño, y le llamaban Zacarias, como se llamaba su padre. Pero su madre, oponiéndose, dijo: No por cierto, sino que se ha de llamar Juan. ¿No ves, la *reponian*, que nadie hay en tu familia que tenga ese nombre? Al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo queria que se le llamase. Y él pidiendo recado para escribir, escribió asi. Juan es su nombre. Lo que llenó á todos de admiracion. Y al mismo punto recobró el habla y uso de la lengua, y empezó á bendecir á Dios, *no sin quedar admirados y sobrecogidos los circunstantes.*

A los pocos años se retiró Juan al desierto é hizo una rigurosa penitencia todo el tiempo que vivió á pesar de haber sido santificado en el vientre de su madre. No eran ciertamente sus pecados los que tal penitencia reclamaban, pues, que no los tuvo personales, sino el deseo de dar ejemplo y manifestar á los pecadores como habian de prepararse para recibir y agradar al Señor. Traja, dice S. Mateo (1), un vestido de pelos de camello, y una correa de cuero á la cintura, y su comida eran langostas y miel silvestre. Luego que entró en los treinta años de edad, (antes de la cual no era costumbre en Israel que predicara nadie) el Señor hizo entender su palabra á Juan (2); el cual *obedeciendo al instante*, vino por toda la ribera del Jordan, predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados; esto es, el bautismo que él administraba no causaba la remision de los pecados, pero era una preparacion para obtener dicha remision por medio del que J. C. habia de establecer. Haced dignos frutos de penitencia, decia Juan á las gentes que de todas

(1) Cap. 3, v. IV.

(2) Luc., cap. 3, v. II y siguientes.

partes concurrían á él. Haced dignos frutos de penitencia.... La segur está ya puesta en la raíz de los árboles: así que todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. ¿Pues qué es lo que debemos hacer? le preguntaban las gentes, y Juan les respondía: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene ninguno: y haga otro tanto el que tiene que comer.

Vinieron asimismo publicanos á ser bautizados, y le dijeron: maestro: ¿y nosotros qué debemos hacer para salvarnos? Y les respondió: no exijais mas de lo que os está ordenado. Le preguntaban también los soldados ¿y nosotros qué haremos? A estos dijo: No hagais estorsiones á nadie, ni useis de fraude, y contentaos con vuestras pagas. Mas opinando el pueblo que quizá Juan era el Mesías, y prevaleciendo esta opinion en los corazones de todos, Juan la rebatió, diciendo públicamente: Yo en verdad os bautizo con agua á fin de escitaros á la penitencia; pero está para venir otro mas poderoso que yo; al cual no soy yo digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego de la caridad. Muchas otras cosas ademas de estas, anunciaba al pueblo en las exhortaciones que le hacia. Y como reprendiese al tetrarca Herodes por razon de Herodias, mujer de su hermano *Filipo*, y con motivo de todos los males que habia hecho, añadió *despues* Herodes á todos ellos, el de poner á Juan en la cárcel, con sentimiento universal, y aun repugnándolo el mismo Herodes; pero tales fueron las instancias y ruegos de aquella mujer perversa contra el precursor del Señor, que no solo le encarceló sino que le mandó degollar, por solo complacer á la infame Herodias. Tal fué, mis amados, san Juan Bautista. El no hizo ningun milagro (1) disponiéndolo así el Señor para evitar que los judios le tuvieran por Mesías, de quien estaba predicho que serian muchos los que haria, como con efecto los hizo: *y entre ellos el que hoy refiere el Evangelio (aquí podrá el orador, etc.):* mas todas cuantas cosas dijo Juan de Cristo, salieron verdaderas, por cuya causa muchos creyeron en Jesus, reconociéndole por el Mesías verdadero.

Entre las razones que el Señor tuvo para ser bautizado por san Juan, lo fué una el querer dar ejemplo de humildad, y á la vez autorizar á el Bautista de un modo solemne. Quiso ademas comunicar á las aguas del bautismo la virtud de fecundar y regenerar espiritualmente. Quiso también manifestar á la multitud de gentes que concurrían á ser bautizadas por san Juan, que él era el Hijo de Dios enviado por el Padre para salvar al género humano, y á fin de confirmar esta verdad se abrió el cielo,

(1) *San Juan, cap. 10, v. XLI,*

y ocurrió lo que ya antes os he dicho: la voz del eterno Padre se oyó, el Espíritu Santo se dejó ver en figura de paloma mientras que el Hijo estaba presente á todos hecho hombre. Así quiso manifestar la Trinidad Santísima cuán de su agrado era cuanto Jesucristo hacia, y con qué fundamento podria ya anunciarse la encarnacion del Hijo de Dios ó sea la venida ya efectuada del Mesías prometido. Sí: se cumplió entonces al pie de la letra la profecía de Baruc (1).» Este es nuestro Dios, y ningun otro será reputado tal en su presencia: Este fué el que dispuso todos los caminos de la doctrina, y el que la dió á su siervo Jacob, y á Israel, su amado. Despues de tales cosas, él se ha dejado ver sobre la tierra, y ha conversado con los hombres.»

En atencion á lo dicho, mis amados, ¿dudareis ya de la verdad que me propuse demostraros? ¿Podrá darse mejor modelo de humildad que el que nos ofrece Jesucristo en su conducta. Era y es la segunda persona de la Santísima Trinidad, era y es Hijo de Dios Padre, es Dios mismo, y se hizo hombre; y hecho hombre sin dejar de ser Dios estuvo obediente á sus padres y observó puntualmente las leyes todas que á los hombres obligaban en medio de no haber una que pudiera obligarle á él. ¿Qué mucho, pues, será que nosotros miserables pecadores obedezcamos á nuestros mayores en edad, dignidad y gobierno? Qué disculpa podrán alegar los hijos para no obedecer á sus padres en todo cuanto sea conforme con la ley divina, cuando el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, obedeció á los suyos, en medio de ser S. José nada mas que padre en el nombre? Ni vale decir que Jesucristo era Dios, y Dios es inimitable, porque las obras en que debemos imitarle son solas las que como hombre practicó, y no cabe disculpa para dejar de imitar estas, esto es, para no cumplir con los mandamientos de la ley de Dios. Digo que con los mandamientos de la ley de Dios, porque es seguro que el que fielmente los observa, es humilde, es obediente, es buen hijo, buen amigo, buen esposo, buen padre, buen ciudadano, en una palabra, buen cristiano, y sabido es que el buen cristiano, es hombre de Cristo, y el hombre que es de Cristo, su fiel imitador es. Esforcémonos, pues, mis amados, en ser nosotros hombres de Cristo, para que siendo sus fieles imitadores en la tierra, nos reconozca el eterno Padre por hijos en la gloria. *Amen.*

(1) *Cap. 5, vv. XXXVI, XXXVII y XXXVIII,*